

Biblioteca-Films

NÚM.
413

Noche de angustia

25
CTS.



Marcela
Albani

Jean
Murat

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

VALENCIA, 234 - APARTADO 707

Cdad. Gra. España de Librería Barroca, 16

B A R C E L O N A

AÑO VII

APARECE LOS MARTES

REVISTA POR A. PÉREZ SERRA

NÚM. 413

NOCHE DE ANGUSTIA 1930

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por el gran actor de la pantalla

JEAN MURAT

Versión novelesca de E. MOLDES

.....
Exclusivas TRIAN

Valencia, 234. - - - - Barcelona

REPARTO

Johnny Stoll JEAN MURAT
Dolly BETTY ASTOR

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

I

Un club en Londres. Smoking. Sillones confortables. Numerosas calvas. Algunas cabelleras planchadas. Silencio. Pasan los camareros sin hacer ruido, llevando en sus manos sendas bandejas, donde se yerguen una botella de "White Horse", un sifón y uno o varios vasos. A no ser por el traje de etiqueta de los "clubmen", se tomaría aquello por una residencia de cartujos.

Sin embargo, no todos son viejos allí. También hay gente joven. Pero la gente joven se ha contagiado del silencio de los viejos, y muchachos de veinticinco años leen el periódico y bostezan con la mejor buena fe del mundo. ¿Por qué están en aquella mansión reclusa? ¿Por qué no se encuentran en un teatro, o en un cabaret, o en un "dancing"? ¿Por qué no firtean? ¿Es que se han acabado en el mundo las hijas de Eva?

Pero, olvidémoslos. No nos importan. Cada uno de los prejuicios del mundo civilizado

tiene sus esclavos. Estos "clubmen" son esclavos de las conveniencias sociales.

Nos importa, eso sí, un hombre de unos treinta años que acababa de entrar en el club, y que era recibido con mil reverencias serviles por el portero.

¿Más rico que los demás? No; quizá menos. ¿Más inteligente? Tal vez...

Era el detective Maxwell, a quien sus aventuras rodeaban de una aureola casi heroica. Cuando él llegaba al club deshacíase como por encanto el ambiente de gravedad que en la silenciosa casa dominaba, y todos, viejos y jóvenes, olvidaban su condición de correctos "clubmen" para rodear al detective privado, esperando oír de sus labios alguna historia asombrosa, en la que interviniesen ladrones, apaches y otros distinguidos hermanos de la cofradía de Los Amigos de lo Ajeno.

Así aquella noche.

Se sentó Maxwell en un butacón, muy poseído de su importancia, y mientras en el club se interrumpían conversaciones de negocios y se suspendía la lectura de periódicos para comentar la llegada del hombre famoso, el banquero Clifford—cuarenta años, algunos hilos de plata en la cabeza, monóculo—, se acercó al detective, estrachó su mano y se sentó a su lado.

Bebieron "whisky". Bebieron unos aerbos. Y Clifford preguntó:

—¿Ninguna detención sensacional en perspectiva, Maxwell?

—Ninguna. Nada hay en estos momentos digno de mí, querido Clifford.

Se habían acercado otros caballeros, jóvenes en su mayoría, y uno de ellos, al oír la respuesta de Maxwell, objetó:

—Sin embargo, nunca como ahora han venido los periódicos tan llenos de crímenes y robos.

Maxwell se retrepó en el sillón, encendió un cigarrillo egipcio, y dirigiéndose al que había hablado, repuso sonriente:

—Amigos míos... amigos míos... creo haberles dicho a ustedes en alguna otra ocasión que yo soy un detective, pero no un policía... Detener a un criminal no es interesante; está a la altura de cualquiera... Uno de ustedes, por ejemplo, se mete unas esposas en el bolsillo, empuña un revólver y puede detener al bandido más temible... Eso es vulgar. En un crimen, o en un delito cualquiera, lo que me interesa no es el hecho en sí, sino el motivo que pudo determinarlo. Si ese motivo no existe o es insignificante, el delincuente no me interesa y no daré un paso por enviarlo a la cárcel.

—No obstante—terció Clifford—, gracias a ti se pudo detener a aquel Johnny Stoll, que

intentó robar mi Banca y asesinó al vigilante.

—Únicamente lo hice por amistad a ti; pero, te lo aseguro, ése es el único recordamiento que tengo sobre mi conciencia.

—¿Por qué?

—Porque no estoy aún muy convencido de que Stoll fuese el verdadero culpable.

—¿No lo juzgaron los tribunales?... ¿no lo condenaron?

—¡Oh, se condena a tantas personas inocentes!...

—Pero Stoll estaba fichado en los archivos de la policía como ladrón peligroso.

—Peligroso, no. Stoll no ha matado a nadie... Yo lo conocía bien, y siempre le consideré un pobre diablo. Con decir a ustedes que nunca se le encontraron armas encima... Es muy dudoso que un hombre de esa historia haya matado a un vigilante, porque sí, por el gusto de matarlo.

—No me convences, Maxwell. Yo mismo reconocí a Stoll...

—O creíste reconocerle. En esas cosas, querido Clifford, entra por mucho la sugestión.

La taberna de Pitt, en el barrio de Whitechapel, había sido en otro tiempo el escondite de Johnny Stoll. Su dueño, el gordo Pitt, tenía en su vida un gran amor: el dinero. Y por ese amor no vacilaba en hacer de su casa madriguera de delinquentes, aunque sabía positivamente que con ello se comprometía.

A decir verdad, y porque ella es de justicia, debemos decir que Pitt procuraba explotar a conciencia a los fugitivos que llegaban a su puerta en busca de un refugio seguro. Pero si esa era la regla general de su conducta, con Stoll había hecho una excepción. Le sacaba todo el dinero que podía, eso sí, pero cuando a Johnny los asuntos le iban mal y se quedaba sin blanca en el bolsillo, podía seguir contando con el alojamiento seguro de Pitt, y aun, si hacía falta, con un plato de comida en su mesa.

Por conocer la amistad que unía desde antiguo al tabernero y al ladrón, una mujer joven y bonita visitaba frecuentemente la taberna de Pitt desde que Stoll se encontraba en el presidio.

Esa mujer era Dolly, la novia, la compañera, la amante del ladrón. Buena y pura, a pesar del ambiente canallasco que la rodeaba, sólo veía por los ojos de Johnny Stoll. Para ella, el malhechor perseguido por la ley, maldecido por sus víctimas, era el hombre más bueno del mundo. Todo lo demás se le ocurría pensar que no tenía suerte, que era un desgraciado. Y jamás lo veía al través del prisma de su cariño, como un hombre manchado por el delito.

La misma noche en que Maxwell hablaba en el club con Clifford y otros amigos, Dolly llegó a la taberna de Pitt, y acercándose al mostrador, donde el hombre voluminoso se encontraba, le preguntó:

—¿Ninguna noticia, Pitt?

—Nada, muchacha. Para mí que tu novio debe haberse muerto.

—¿No diga usted eso, Pitt!

—No, si quieres no lo diré; pero es muy extraño que nada sepamos de él, cuando antes nos escribía desde el presidio con tanta frecuencia.

Se retiró Dolly, después de haber saludado humildemente a Pitt, el cual le hizo una ligera inclinación de cabeza desde la inmensidad de su gordura.

Cuando la muchacha cerraba la puerta del establecimiento y se disponía a alejarse, una voz masculina llegó hasta ella.

—¡Dolly! ¡Dolly!

Se volvió y esbozó un mohín de desagrado: el que la llamaba era Charlie, compañero de aventuras de Stoll y sujeto que a la joven inspiraba una repulsión infinita. ¿Causas para ello? Decí...

Dolly estaba convencida de que Charlie era el causante del crimen por el cual estaba cumpliendo condena su novio; y además, aquel hombre, siempre que la veía a solas, la trataba como a plaza conquistada, sin importarle un ardite la amistad que, al decir de él, le unía con Stoll.

Trató Dolly de alejarse, pero él se le había acercado ya, y sujetándola por un brazo, le dijo:

—¿Por qué tan desdenosa?... ¿Sigues aún pensando en tu novio?

—¡Déjame! — respondió ella, procurando librarse de aquella garra que la oprimía — ¡Déjame! ¡Tú le vendiste, miserable!

—¿Yo?

—¡Sí, tú! ¡Porque creías que de ese modo sería tuya! ¡Pero no lo será nunca, nunca... aunque Johnny tenga que estar diez años en presidio!

—Los estará, pierde cuidado. ¡No es pequeño el delito que lo llevó allí!

—¡Un delito que tú cometiste!

—¿Qué estás diciendo, Dolly?

—¡Lo que oyes!... No fué Johnny quien



El brazo del rufián se enlazaba a su cintura...

mató al vigilante de la Banca Clifford... ¡Fuiste tú, Charlie!

Una mano cayó sobre la boca de la muchacha: la mano fuerte de Charlie, mientras ella sentía con repugnancia como el otro brazo del rufián se enlazaba a su cintura, como si fuera el cuerpo flexible de una serpiente. Quiso gritar, pero no pudo. En la semipenumbra de la calle sintió muy cerca de su oara el aliento cálido del hombre, y antes de que pudiese defenderse, la boca del gánán se estrujaba contra su boca...

III

Media noche. En el club que ya conocemos la gravedad se había evaporado. Se habían ido a sus domicilios las personas formales, en busca del lecho acogedor, y sólo quedaba allí el elemento joven y tal cual viejo de cabello teñido, que de joven, y aun de adolescente, presumía.

Entonces, como todas las noches, en una sala interior del club empezó a funcionar una timba de bacará. En lo más animado iba el juego, cuando la puerta de la sala se abrió bruscamente, dejando paso a un hombre correctamente vestido de etiqueta, con gabán y sombrero de copa. En su mano derecha empuñaba una browning.

Avanzó, y la luz de las lámparas le dió de lleno en la cara. Era un hombre joven—de unos veintiocho o treinta años—, moreno, de facciones correctas, de ojos negros y profundos.

Se adivinaba en su actitud una gran decisión. Había avanzado hasta la misma mesa de juego, siempre empuñando la pistola y apuntando con ella a los concurrentes. Es-

tos, instintivamente, levantaron las manos, y sobre el tapete verde quedó el dinero de las posturas, pero no quedó allí mucho tiempo, pues pronto, con un rápido movimiento, pasó a uno de los bolsillos del recién llegado.

Entre los jugadores estaba el detective Maxwell. Fue éste el que primero reaccionó, y, conservando, por si acaso, sus manos en alto, se dirigió al elegante ladrón, diciéndole con ironía:

—No esperaba volver a verle tan pronto, Johnny Stoll.

—Le creo, señor Maxwell — respondió el presidiario con una sonrisa.

—¿No estaba usted a gusto en el presidio?

—He salido para permitirle reparar el error y la injusticia que cometió usted al mandarme allí.

—¡Oh!, querido Stoll... lo que va usted a permitirme es que dude de sus palabras.

—Puede usted creerlo o no; me da igual... pero no fui yo quien robó la Banca Clifford, aunque el propio señor Clifford haya creído reconocerme.

Clifford, que también estaba entre los presentes, trató de balbucear unas excusas; pero no se atrevió. El cañón de la pistola de Johnny Stoll le apuntaba precisamente a él en aquellos momentos, y esa amenaza le cortó la palabra, y a poco más que hubiera durado, le habría cortado también la respiración.

Volvióse el ladrón otra vez a Maxwell, y le dijo:

—El vigilante de la Banca fué asesinado. Y usted sabe muy bien, señor Maxwell, que yo no he asesinado nunca a nadie... por lo menos hasta ahora...

—Ni ahora tampoco lo hará usted.

—Por si yo pensase de distinto modo, será conveniente que ninguno de ustedes se asome a la ventana ni a la puerta hasta dentro de diez minutos. El que lo haga se juega la vida. Quedan avisados, señores.

Y retrocediendo, sin dejar de apuntar con el arma, Stoll llegó a la ventana y desapareció por ella.

No precisamente diez minutos, pero si ocho o nueve, estuvieron los miembros del club con las manos encima de sus cabezas. No se atrevían a bajarlas. El sentido común les decía que ya no había nada que temer, que el ladrón estaría ya muy lejos. Pero la voz de la prudencia—muy acentuada en las personas que usan smoking—les recomendaba esperar. ¿Y si aquel sujeto era un criminal nato, que mataba por el placer de matar? ¿Y si estaba aún allí, apoyado en la cornisa de debajo de la ventana, esperando que alguien se moviese para enviarlo al mundo de los espíritus?

No, no; valía más esperar. Nada podía su-

cederles por tener levantadas las manos unos minutos.

El que primero las bajó fué el detective Maxwell, y como si su ademán fuese una consigna, todos le imitaron. Un suspiro profundo se escapó de cada uno de los pechos presentes; los corazones recobraron su ritmo normal.

Se sentó el detective, y contemplando la mesa de bacará, completamente limpia, murmuró:

—Decididamente, ese hombre empieza a interesarme...

BIBLIOTECA FILMS Y FILMS DE AMOR

Son las mejores novelas
cinematográficas

IV

A la mañana siguiente Clifford se presentó en su despacho de la Banca como si nada hubiera sucedido. Se puso a revolver papeles, a leer la correspondencia. Bien pronto los negocios le absorbieron por entero, barriendo de su mente hasta los últimos recuerdos de la noche anterior.

Cuando llamaron quedamente a la puerta de su despacho, nada quedaba ya del "club-man". Clifford era el banquero Clifford, pendiente de sus negocios, de la marcha de su establecimiento.

Un ordenanza entró anunciándole la visita de un hombre, pueblerino al parecer, que se había empeñado en hablar con él a toda costa. Clifford le hizo pasar y se dispuso a recibirlo.

Entró, en efecto, un hombre viejo, encorvado, de traje rudo, que miraba recelosamente a su alrededor, puesta su mano derecha sobre el bolsillo interior de su americana, mientras sostenía con la izquierda un paraguas monumental.

Clifford sonrió disimuladamente. Conocía

el tipo. Aquel buen señor—el doctor Brown, según le había dicho el ordenanza—sería, sin duda alguna, un médico de pueblo, que habría hecho unos ahorrillos y los llevaba al Banco, temeroso de que se los robasen antes de depositarlos en la ventanilla.

Fué hacia él afablemente, invitándole a sentarse, y luego tomó asiento a su lado. Le preguntó:

—¿En qué puedo servirle, señor?

El hombre miró a todos lados con desconfianza; por fin, convencido de que estaba a solas con el banquero, se atrevió a hablar:

—Perdón, señor director... No estoy habituado a operaciones financieras... Tengo cinco mil libras para colocar. ¿Podría usted recomendarme unas acciones que fuesen seguras?

—Sí, señor; puede usted llevarse Oil Shares, en la seguridad de que hace un buen negocio.

—En efecto, me han dicho que los valores petrolíferos son muy buenos... Pero... no sé si le molestaré demasiado... quisiera que usted mismo me entregase los títulos.

—Yo no me ocupo de eso, señor. Abajo están mis dependientes y...

—Sí, sí, ya comprendo... pero es que... no quisiera enseñar mi dinero en el "hall"... Hay allí tanta gente... podría haber un ladrón...

—Bien, si es así, yo mismo le entregaré las acciones.

Llamó por teléfono, dió unas órdenes, y tres minutos después un empleado se presentaba en el despacho con las acciones pedidas.

Y entonces, mientras el banquero contaba las acciones, ocurrió una cosa inaudita. El hombre encorvado se irguió repentinamente, y cuando Clifford levantó la cabeza, vió frente a él una pistola que le apuntaba... ¡la misma pistola de la noche anterior! En los ojos que le miraban severamente reconoció la mirada franca, dominante, de Johnny Stoll; un rasgo de su personalidad que se acusaba definido, a pesar del disfraz. ¿Cómo no había reparado antes en aquel detalle? ¿Cómo era posible que hubiese caído tan estupidamente en el lazo?

Ante la estupefacción del banquero, Johnny Stoll habló:

—He pasado tres años en presidio por haber desvalijado su Banco, señor Clifford... y era inocente. No quiero que Maxwell me haya puesto a la sombra por nada. Exijo cinco mil libras de indemnización... No necesito esperar su consentimiento; aquí están las acciones por valor de esa cantidad; me las llevo; son mías.

No pudo oponerse Clifford. Stoll, aprovechándose de su miedo, le amarró al sillón, lo

amordazó y salió del despacho con naturalidad, llevando bajo el brazo las cinco mil libras en acciones de Oil Shares.

Unos minutos después se presentaba en otro Banco de la ciudad, y alegando que debía emprender un viaje y no disponía de tiempo para esperar la cotización de la Bolsa, vendió allí mismo las acciones, perdiendo en la operación una pequeña cantidad de dinero.

Mientras tanto, Clifford seguía en su despacho, sin poder moverse, sin poder hablar, sin ser auxiliado por nadie. Sobre la puerta de aquella habitación había una luz, y el banquero tenía dado orden a sus empleados de que hasta que aquella luz se encendiese no se le molestase bajo ningún pretexto. Por lo tanto, los minutos pasaban, y a pesar de que los visitantes de Clifford se multiplicaban por momentos, nadie se atrevía a llamar a la puerta del gran financiero.

Fué Maxwell el que entró en sospechas. Decidido a actuar la noche de aquel día, para ponerse tras la pista de Stoll, se probaba disfraces con la ayuda de su secretaria; por fin encontró uno de chino, que le desfiguraba por completo, y ya salvado el escollo mayor, se dispuso a hablar por teléfono con Clifford, a fin de comunicarle su decisión. Pero con gran sorpresa suya llamó varias veces al des-

pacho privado del banquero sin obtener contestación.

Aquello le extrañó. El sabía positivamente que en aquellos momentos Clifford estaba en su despacho. Era hombre de costumbres metódicas y ordenadas, y por nada del mundo faltaría por la mañana a su obligación.

Un poco intrigado, se vistió rápidamente y se personó en la Banca Clifford. Un numeroso grupo de personas, al frente de las cuales se hallaba un ordenanza, esperaban a la puerta del despacho del director, mirando la bombilla que había sobre la puerta, la cual no acababa de encenderse.

Las sospechas de Maxwell se acentuaron.

—¿Hace mucho tiempo que está el señor Clifford encerrado en el despacho?—preguntó al ordenanza.

—Más de una hora, señor—respondió éste.

—¿Quién fue la última persona que entró?

Un señor viejo, un hombre de pueblo, al parecer, que dijo llamarse el doctor Brown.

—No es posible que esté conferenciando tanto tiempo. Clifford acostumbra resolver los asuntos más complicados en cinco minutos.

—Eso digo yo.

—Vamos a abrir la puerta.

—Pero, señor, tenemos órdenes...

—Yo cargo con la responsabilidad. Vaya usted a buscar una palanca.

Unos momentos después la puerta estaba abierta, y Maxwell corrió a auxiliar a su amigo, que se hallaba medio ahogado bajo sus ligaduras.

Clifford no pudo hablar, pero señaló un papel que había sobre la mesa en el cual estaban escritos los números de las acciones robadas. Se telefonó inmediatamente a todos los Bancos de la ciudad, y por fin se pudo averiguar que los valores habían sido vendidos al Western Bank.

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

■ ■ ■ ■	No deje de leer la	■ ■ ■ ■
■ ■ ■ ■	novela más gran-	■ ■ ■ ■
■ ■ ■ ■	de que se ha edita-	■ ■ ■ ■
■ ■ ■ ■	do hasta el día ti-	■ ■ ■ ■
■ ■ ■ ■	— tujada —	■ ■ ■ ■

Luces de Buenos Aires

por CARLOS GARDES

96 páginas de texto - Precio: 1 peseta

Biblioteca Films. - Apartado 707. - Barcelona

Envíenos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan sinco sellos para el certificado. Franqueo gratis.

V

Terminada su hazaña, Johnny Stoll se cambió de ropa; se vistió un terno barato, se tocó con una gorra, cuya visera le caía sobre los ojos, ocultándole una parte de la cara, y se dirigió a la taberna de Pitt, su refugio de otro tiempo.

El obeso Pitt lo recibió como se recibe a un resucitado; estuvo a punto de abogarle con un abrazo de oso, y luego le sirvió un vaso de "whisky". Después se pusieron a hablar. Stoll refirió cómo había conseguido escaparse del presidio, pero calló sus aventuras posteriores llevadas a cabo en el club y en la Banca Clifford.

—Debes andar con cautela—dijo Pitt—; Gracie viene con frecuencia aquí, y ya sabes que es tu peor enemigo. Te vendió una vez. Si sabe que has vuelto a esta casa te denunciará de nuevo.

—Eso no me interesa, Pitt. Lo que me interesa es encontrar a Dolly... La he buscado por todas partes, en todos los sitios que antes frecuentábamos juntos, y nadie ha podido darme razón de ella.



Se refugió inmediatamente a los bancos...

—¿Quieres un consejo, Johnny?

—Sí.

—En tu situación, no te conviene tener amistad con ninguna mujer. ¡Las faldas lo enredan todo!

—Pitt... ¿tú sabes dónde está Dolly?

—¿Yo?... ¿Cómo voy a saberlo!

—¡Dí la verdad!

—Pues... la verdad..., la verdad es que estubo aquí durante los primeros meses... pero..., pero como tú estabas encerrado y no

había esperanzas de que volviésemos, se marchó... Yo no podía sujetarla, ¿no es verdad?... No tenía sobre ella ningún derecho...

—¡Estás mintiendo! Confiesa que, cuando se le acabó el dinero, la echaste a la calle. ¿Es verdad o no?

—Johnny... yo te diré...

—¿Es verdad o no?

—Pues... es verdad a medias, nada más que a medias... Lo cierto es que la chica no me pagaba... y... claro... tuve que decirle que yo no era precisamente un filántropo...

—¡Lo que eres es un usurero! ¡Y pensar que yo confiaba en ti como mi único amigo!... Ahora mismo voy a buscar a Dolly y no pararé hasta encontrarla.

—No salgas, Johnny... aquí estás seguro... Yo encontraré a Dolly, te lo prometo... Viene a verme muy a menudo.

—¿De veras?

—¡Palabra!... Ayer mismo estuvo aquí.

Johnny Stoll se introdujo la mano en el bolsillo del pantalón, extrajo un puñado de billetes, y partiendo por la mitad uno de cien libras, puso uno de los trozos en las manos de Pitt.

—Tendrás la otra mitad cuando Dolly haya vuelto.

En aquel momento dieron unos golpes en la puerta de la taberna, que Pitt había cerrado por precaución. Corrió Johnny a escon-

derse en una habitación del primer piso, la misma que había ocupado en otro tiempo, y el tabernero fué a abrir.

¡Era Dolly! El rostro de Pitt, hinchado de satisfacción, se pareció más que nunca a la luna llena.

—¿Y Johnny—preguntó la muchacha—; me han dicho que se ha fugado del presidio. ¿Es cierto? ¿Está aquí?

Pitt la empujó suavemente hacia el interior de la taberna, y sonriendo como hubiera sonreído un Melisóteles de cien kilos, respondió en voz baja:

—Si me prometes ser silenciosa, te diré dónde se esconde.

Un minuto después Dolly estaba llorando de felicidad entre los brazos de Johnny.

—¡He pensado tanto en ti, Johnny!... ¡He temido tanto no volverte a ver!...

—No llores, Dolly; ahora seremos felices...

—Temo que no haya nunca felicidad para nosotros.

—¿Por qué no? El pasado ha muerto... Ya verás: una nueva vida va a empezar para nosotros.

VI

—Entonces, señor comisario, quedamos de acuerdo... Esta noche, a las once, tendrá usted seis hombres a mi disposición en las cercanías de la taberna de Pitt.

Era Maxwell el que hablaba, dirigiéndose a un poderoso comisario de policía.

Llegó la noche. Clifford olvidó su segundo susto mientras se vestía el frac para ir al teatro. Su esposa, la hermosa Elyane, no podía prescindir de la vida de sociedad, aunque se opusiesen todos los ladrones del mundo.

Salieron. El hermano de Elyane acompañaba al matrimonio. Asistieron a una insípida representación teatral, y a la salida, mientras respiraban el aire tibio de la noche, Clifford dijo:

—Maxwell parece estar sobre la pista del ladrón... Me ha asegurado que lo tendrá esta noche, a las once, en la taberna Pitt.

—¡Ojalá!—respondió su cuñado—... Pero Maxwell desearía detener a los ladrones; eso no le interesa.

—Quién sabe... A propósito, se me ocurre



Llegaron a la taberna de Pitt...

una idea. ¿Por qué no vamos a casa de Pitt a presenciar esa detención?

Elyane se escandalizó. ¡Cómo! ¿Llevar sus sedas, y sus joyas, y sus pieles a aquel antro de la gente del hampa!...

—¿No te acompañan tu marido y tu hermano para protegerte?—dijo Clifford.

Aquella razón pareció convencer a la dama, y los tres, con la natural expectación por parte de los "habituaes" de casa Pitt se sentaron en una magrienta mesa de la taberna.

Faltaban solamente unos minutos para las once.

Arriba, en la habitación que nuevamente había habilitado Pitt para escondite de Johnny, se hallaban éste y Dolly. Medio tendidos en un diván, saboreando aquellos momentos de intimidad, el ladrón jugaba con una pistola. De pronto, su frente se ensombreció:

—Me buscan—dijo—... Antes que volver al presidio, prefiero morir.

—Si te cogen, yo caeré al arroyo... y no podré ya levantarme nunca más. Era la esperanza de volver a verte lo único que me sostenía.

—¿Y si nos quitásemos la vida?... ¿Tendrías el valor de morir ahora... en este momento?

Dolly calló; un estremecimiento corrió por todo su cuerpo. Sentía en su carne, contra su corazón, la boca de la "browning" de su amado.

—Voy a disparar—siguió diciendo Johnny—... y yo me mataré inmediatamente después.

Dolly cerró los ojos. Sonó un disparo...

¿Se había acabado el mundo? ¿La muerte era así, algo tan dulce, tan sin dolor? Pero, ¿estaba realmente muerta?...

Abrió los ojos. Vió a Johnny junto a ella, riendo, mirándola.

—Siempre llevo las cápsulas vacías, Dolly,

ya lo sabes. Nunca he matado a nadie... y mucho menos a ti.

Y en el abrazo que se dieron vibraba un canto de resurrección.

VII

Una tras otra, sonaron once campanadas.

Y casi inmediatamente se apagaron las luces de la taberna, y diez, veinte voces, gritaron:

—¡La policía!

Confusión. Aullidos. Vasos y botellas que se rompen. Palos de ciegos propinados por los policías. Carreras. Taburetes que se lanzan al vacío, den donde den, caigan donde caigan...

Cuando las luces se encendieron de nuevo, el local estaba casi vacío. Solamente, aquí y allá, en diversas posiciones, había cuerpos yacentes, privados de conocimiento; entre ellos, el de un chino: es decir, el del detective Maxwell. Uno de los palos de ciegos de sus ayudantes le había tocado en plena cabeza, sumiéndolo en las tinieblas de la nada.



La policía dió una batida...

¡La carrera de detective tiene también sus quiebras!

En el exterior, dos hombres eufóricos: Clifford y su cuñado. Elyane había desaparecido. Preguntaron a los policías, buscaron por todos los rincones. ¡En vano!

Se les ocurrió, entonces, que quizá la elegante dama, aprovechando la confusión, había huido y en aquellos momentos estaría tranquilamente en su casa, aspirando un pomito de sales aromáticas. Corrieron a su mansión, pero tampoco allí estaba Elyane...

Mientras tanto, la señora Clifford pasaba el más negro de los suplicios. Había sido encerrada en un desván del piso bajo. Y no estaba sola: la acompañaba un hombre siniestro: Cralio. Era él quien la había llevado allí mientras la policía daba la batida en el local, y quien ahora la impedía salir, nada dispuesto a abandonar una presa que había capturado con tanto riesgo. Además, los polizontes estaban guardando la taberna por la parte de fuera y no consentirían que nadie saliese de allí hasta que se hiciera de día.

En tanto que Elyane, pidiendo auxilio unas veces, defendiéndose otras de las acometidas del rufián, consideraba interminable aquella única noche de angustia que había conocido en su vida, Maxwell hacía lo posible por capturar a Johnny Stoll, refugiado con Dolly en la habitación del piso alto. Pero sólo consiguió que el ladrón lo amarrase y lo amordazase a él, como había hecho el día antes con Clifford y que, para postre, huyese con sus documentos.

Todavía estaba medio atontado por el golpe que había recibido en la cabeza, y aquello, sin duda, motivó su fracaso.

Pero alejémonos de la taberna de Pili, silenciosa ya como una tumba. Bástenos decir, para orientar a nuestros lectores, que Maxwell consiguió desprenderse de sus ligaduras, y que luego, atraído por los gritos de Elyane,

BIBLIOTECA FILMS

TITULO DE LA SUPREMACIA

Núm. 400



ROSITA DIAZ GIMENO

encontró energías suficientes para penetrar en el desván y echarle el guante a Charlie, poniendo a salvo, al mismo tiempo, a la señora Clifford.

Amanece. En los campos cercanos a la frontera se van destacando, cada vez más claramente, las siluetas de los árboles. Un automóvil rueda velozmente hacia la línea divisoria y se detiene ante el puesto fronterizo.

Un oficial envuelto en un capote que le cubre hasta los ojos sale del puesto, y acercándose al auto, requiere los documentos de sus ocupantes. Johnny Stoll le entrega sus papeles, es decir, los de Maxwell, que había robado horas antes.

Entonces, el oficial se baja el cuajo del capote, y ante los ojos espantados del ladrón aparece el rostro sonriente del detective. El cual dice irónicamente:

—Mucho le agradezco que se haya molestado en venir a devolverme mis documentos, señor Johnny Stoll.

Aquella noche el club que ya conocemos no tenía la apariencia de gravedad, de aburrimiento que de costumbre. Había tema ameno de conversación: el fracaso del detective Maxwell. Clifford llevaba la voz cantante. Su amigo le había decepcionado. Es cierto que él debía haber vuelto a abrazar a su esposa; pero este detalle lo ignoraba. Lo único que sabía era lo que sabían todos: que el detec-



Charlie, el verdadero asesino, fué detenido.

tive había sido capturado por el ladrón que él iba a capturar.

—¡Pobre Maxwell!—decía—. Lo han bueludo otra vez; está visto que no es él quien desbancará a Sherlock Holmes. Bien es verdad que a nuestro amigo no le interesa detener a los ladrones.

—Eso lo dice porque es capaz de detenerlos—terció otro de los presentes.

—¡Fracasado el gran Maxwell!—añadió un tercero—. Apuesto algo a que no vuelve a este club en todos los días de su vida.

En aquel mismo momento se abrió la puerta del salón y apareció el detective. Avanzó, sin parecer reparar en las miradas curiosas, irónicas, que seguían todos sus movimientos, y se dejó caer en un sillón.

Fue Clifford al que, amparado por su gran amistad, se acercó al fracasado. Y le preguntó sarcásticamente:

—¿Qué, Maxwell? ¿Ya han detenido al famoso Johnny Stoll?

—No, no lo he detenido—respondió el detective con flama británica—; eso no me interesaba... Además, gracias a él he podido capturar a Charlie, el verdadero asesino del vigilante de tu Banco.

—Entonces ¿has dejado escapar a Stoll?

—No; le he tomado como ayudante.

Una bomba que hubiera explotado en el centro del salón no habría causado entre los concurrentes una consternación más profunda.

FIN

36 779

YA han aparecido los
primeros éxitos de la
TEMPORADA 1951 - 1952

Selección de FILMS DE AMOR

50 céntimos

CASI CABALLEROS

Fay Wray-Victor Mc. Laglen-Lew Cody

EL FAVORITO DE LA GUARDIA

Henry Garot-Lillian Harvey

CLARO DE LUNA - G. Tibbett

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

UNA peseta

UN CABALLERO DE FRAC

Roberto Rey

EL COMEDIANTE

Ernesto Vilches

LUCES DE BUENOS AIRES

Carlos Gardel

LO MEJOR ES REIR - IMPERIO ARGENTINA

Náufragos del Amor - Jeannette Mac Donald

PEDIDOS A

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
aviso del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. *Francos gratis*